TRES LLAVES RARAS

COLECCION MARUJITA Nº 75

Tres llaves raras

BIBLIOTECA NACIONAL del DOCENTE
y del ESTUDIANTE ARGENTINOS

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL MOLINO - Buenos Aires (Argentina)
PRINTED IN ARGENTINA

Tres llaves raras

Una vez, en el centro de obscuro bosque, se elevaba una torre muy alta, de piedras azules. En la cima había una ventanita y en la base una diminuta puerta.

En aquella extraña torre vivía una hermosa prisionera, la princesa de Filolandia; la vieja bruja Hurona la encerró en aquel lugar, por espacio de seis largos meses. Luego mandó aviso al Rey de Filolandia, de que la princesa no recobraría la libertad si el monarca no pagaba veinte sacos de oro para su rescate.

Pero el rey era pobre y no podía satisfacer aquella exigencia. Quedóse muy preocupado, sin saber qué hacer y, por último, mandó llamar a un astuto mago y le rogó que salvara a su hija.

El mago tomó un cuenco amarillo y echó en él varias cosas raras, que revolvió con una pluma de pavo real. Luego, en cuanto empezó a salir humo del cuenco, dejó la pluma a un lado y miró a la columnita de humo. Por fin levantó la cabeza y dijo:

UNO A UNO LLEGARON PRÍNCIPES, NOBLES, MERCADERES Y CAMPESINOS, PROVISTOS DE LLAVES DE TODAS CLASES

—Vuestra hija, Majestad, habrá de ser salvada por alguien que posea tres grandes llaves: una roja, otra parda y otra gris.

—¿Y dónde podré encontrar a esa persona?—preguntó el Rey, más preocupado que antes.

—No puedo decirlo—contestó el mago, vaciando el cuenco y envolviéndolo cuidadosamente.—Haced publicar un bando y quizá se presente alguien que posea esas llaves.

En vista de eso, el Rey mandó mensajeros por todo su reino y todo el mundo andaba buscando aquellas extrañas llaves. Luego, uno a uno, acudieron príncipes, nobles, mercaderes y campesinos, con llaves de todas clases. Todas eran viejas, tanto, que carecían de color, pero habían sido pintadas de los tonos indicados. También

presentaron llaves nuevas y otras que, sin serlo tanto, fueron retiradas del uso.

El Rey examinó todas aquellas llaves.

—Lo mejor será que me acompañéis a la torre de las Piedras Azules—dijo.—Allí podremos probarlas una por una.

Emprendieron, pues, la marcha. El Rey en su carroza de media gala y los príncipes, los mercaderes y los campesinos a caballo o a pie.

Llegaron, por último, a la torre. La princesa se asomó a la alta ventanita y saludó a su padre con un ademán. No había ninguna escala bastante alta para alcanzarla y la joven estaba aburridísima y muy triste, ante el peligro de verse encerrda tantos meses.

—Traemos muchas llaves—exclamó Su Majestad.—Reanímate, hija mía, porque pronto estarás libre.

—¿Quién será el primero en probar las llaves?—preguntó un príncipe muy orgulloso, que montaba un caballo negro.

—Vos mismo, si queréis—contestó el Rey.

El príncipe se acercó a la torre y, apeándose ligeramente de su caballo, subió las tres gradas que conducían a la puerta. De pronto se volvió asombradísimo, con las tres llaves en la mano.

—¿Qué pasa?—preguntó el Rey.

—El caso es, Majestad—tartamudeó el príncipe,—que en esa puerta no hay ningún agujero para la llave. ¿Cómo podremos hacer uso de las que traemos?

Aquello era muy raro. El príncipe tenía razón, porque allí no había ningún agujero para la llave, ni tampoco pomo, buzón o cerradura.

—¡Caramba!—exclamó el Rey, asombrado.—Eso es muy curioso. Sin duda el mago me gastó una broma

NADIE ACUDÍA A PRESENCIAR EL ESPECTÁCULO

pesada. Y, sin embargo, aseguró que quien estuviera provisto de las tres llaves de los colores indicados, podría salvar a la princesa. Y ahora vemos que las llaves son inútiles.

Todos retrocedieron, sin dejar de hablar del asunto, hasta que el Rey se cansó de oír la palabra "llaves". El caso era muy comprometido y nadie sabía qué aconsejar.

—Bueno, llamaré a otro mago, para ver qué dice— dijo el Rey.

Y, en efecto, hizo llamar a otro encantador, ordenándole que hiciese uso de su magia para encontrar el medio de rescatar a la princesa.

Aquel encantador dibujó un círculo en derredor de su cuerpo, utilizando un poco de tiza verde y luego se sentó en el centro. Se puso al lado su gato y empezó a entonar una canción mágica.

En cuanto se interrumpió, el gato abrió la boca y cantó un estribillo muy raro. Dijo así:

Una llave asustará a la bruja,
una llave escalará el muro,
una llave llevará una carga pesada
por encima del muro del palacio.

—¡Ya está!—exclamó el encantador, borrando el círculo mágico.—También se trata de tres llaves. No puedo hacer nada más por Vuestra Majestad. Alguien que posea tres llaves raras salvará a vuestra hija y es inútil que lo intente nadie más.

El Rey y también la Reina se quedaron muy preocupados porque nadie pudo comprender el significado de las palabras pronunciadas por el gato.

La pobre princesa seguía en lo alto de la torre y es-

peraba con el mayor deseo el día en que podría volver al palacio de sus padres.

Un día un titiritero atravesó el país. Llevaba consigo dos cuadrúpedos y un ave. Se esforzó en complacer a los espectadores luciendo las habilidades de los animales y en cuanto al ave, era un pavo que llevaba un tambor colgado del cuello y lo tocaba con el pico, marcando, al mismo tiempo, el paso.

Pero el caso fué que a nadie le gustó el espectáculo y el titiritero no recibió ningún dinero, de modo que estaba muy enojado. En su casa dejó a su mujer y a sus tres hijos, y no sabía qué sería de ellos si se veía forzado a regresar sin un cuarto en los bolsillos.

Una vieja que vivía en la aldea, se compadeció del titiritero. Tuvo la impresión de que estaba hambriento y, por lo tanto, le dió medio pan duro y un vaso de leche.

—Eso de las tres llaves es muy curioso, ¿verdad?—le preguntó mientras el pobre hombre arrojaba algunos mendrugos al pavo.

—¿Qué llaves?—preguntó entre dos bocados.

La vieja le contó la historia de la princesa encerrada en la torre y lo que se había dicho acerca de las tres llaves. Y también le repitió las palabras pronunciadas por el gato.

—Eso no tiene sentido—contestó el titiritero, acabando de comerse el pan.—Es incomprensible. Bueno, señora, muchas gracias por el pan y la leche. Hoy no he ganado un solo céntimo y ayer ocurrió lo mismo. No hay duda de que me veré obligado a volver a mi casa y vender mis animales amaestrados.

Aquella noche el titiritero durmió en una zanja, al lado de sus animales, y hacia la media noche se des-

pertó, recordando el extraño estribillo que recitara la vieja.

Entonces, de pronto, se le ocurrió la posibilidad de que el encantador había hablado de llaves en sentido figurado, y fijándose en sus tres animales se dijo que la llave roja sería el pavo, la de color pardo el mono y la de color gris el asno.

Lleno de alegría creyó que valdría la pena de comprobar la exactitud de su idea y montando a lomo del burro, se dirigió al pueblo inmediato, acompañado del mono y del pavo.

Al amanecer llegaron a un pueblo y no tardó en enterarse del lugar en que se hallaba el bosque y la torre de las Piedras Azules. Después emprendió el camino hacia allá y llegó al bosque cuando empezaba a anochecer.

Fácilmente descubrió el camino que conducía a la torre, porque, como sabemos, había sido muy transitado. El titiritero llevaba arrollada a la cintura una larga cuerda, fuerte y gruesa. Al llegar al pie de la torre, la desenrolló y murmuró algo al oído del pavo; que, en el acto, fué a situarse al pie de la torre. Luego dijo unas palabras al oído del mono, que sonrió mostrando sus dientecillos. Por último, habló en secreto con el asno, que fué a situarse al lado de la pared, sin causar el menor ruido.

El mono se subió sobre el asno y luego, ligero como la pluma, se encaramó por la pared de la torre, llevando la cuerda consigo. Precisamente al llegar a la ventana de la parte superior, se oyó una voz áspera que gritaba:

—¿Quién es? ¡Voy a convertiros en escarabajos!

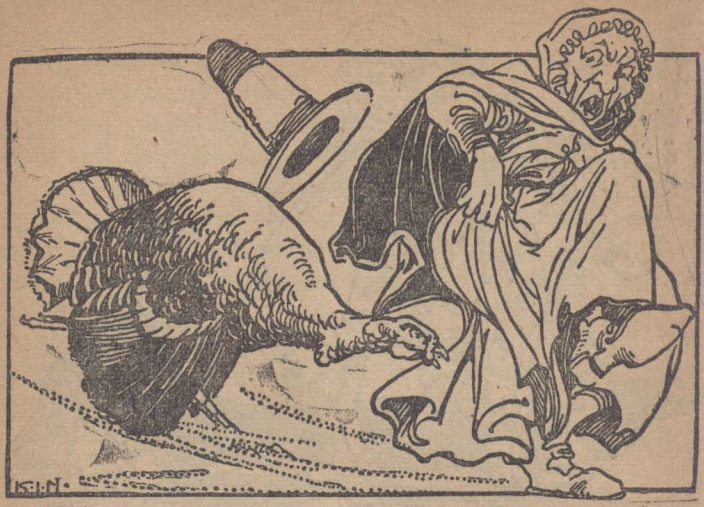
Era la bruja. En aquel momento llegaba del bosque, para dar la cena a la princesa y divisó al titiritero, que

—VOSOTROS SOIS LAS LLAVES INDICADAS—DIJO EL TITIRITERO

estaba junto a la pared. Éste, en un momento, se ocultó en una mata, pues no deseaba verse convertido en escarabajo. La bruja creyó haberse engañado y se dirigió a la puerta de la torre. Allí estaba el pavo rojo y en cuanto vió llegar a la bruja, extendió sus enormes alas y se arrojó contra ella, graznando cuanto pudo.

La bruja se asustó, figurándose que el pavo podía ser un mago. Profirió un grito y echó a correr, dando vueltas en torno de la torre y perseguida por el pavo.

Mientras sucedía esto, el mono consiguió atar la cuerda a uno de los barrotes de la ventana. Luego se dejó deslizar por aquélla y volvió al lado de su amo.



EL PAVO LA PERSIGUIÓ GRAZNANDO

La princesa, muy asombrada al oír los graznidos del pavo, se asomó para ver lo que ocurría, pero estaba todo tan obscuro, que no pudo averiguarlo. El titiritero se encaramó por la cuerda, hasta llegar a la ventana y la princesa, al verlo, le preguntó en voz baja:

—¿Habéis venido a salvarme?

—Sí. ¿Podréis pasar por entre los barrotes? Yo no podría conseguirlo, a causa de mi corpulencia. Si lo conseguís, os pondré sobre mis hombros y os llevaré abajo.

La princesa contestó que podría pasar sin dificultad. Un momento después estaba en el antepecho y al lado de su salvador, que la puso sobre sus anchos hombros e iniciaron el descenso. Desde abajo se oían los graznidos del pavo, que aun perseguía a la bruja. Mas, de

—¡APRISA! ¡APRISA!—EXCLAMÓ EL TITIRITERO DIRIGIÉNDOSE AL ASNO

pronto, oyeron que se cerraba con ruido la puerta de la torre y la princesa, asustada, exclamó:

—¡Aprisa! La bruja ha penetrado en la torre y en

cuanto vea que me he marchado, nos perseguirá. Huyamos cuanto antes.

En aquel momento oyeron a su espalda un grito de rabia.

La bruja se había enterado ya de la fuga de la princesa. Mientras tanto, los fugitivos habían llegado al suelo y el titiritero montó en el asno con la princesa, el mono y el pavo.

Pero cuando emprendieron el camino, la bruja montó en su escoba y empezó a perseguirlos.

—¡Corre, corre!—gritaba el titiritero al asno, que, por momentos, aumentaba su rapidez.

—Vamos al palacio de mi padre—indicó la princesa.—Allí estaremos seguros.

El asno seguía galopando. Tras ellos iba la bruja, que, por momentos, ganaba terreno y cuando ya estaba a punto de cogerlos, la princesa exclamó muy alegre:

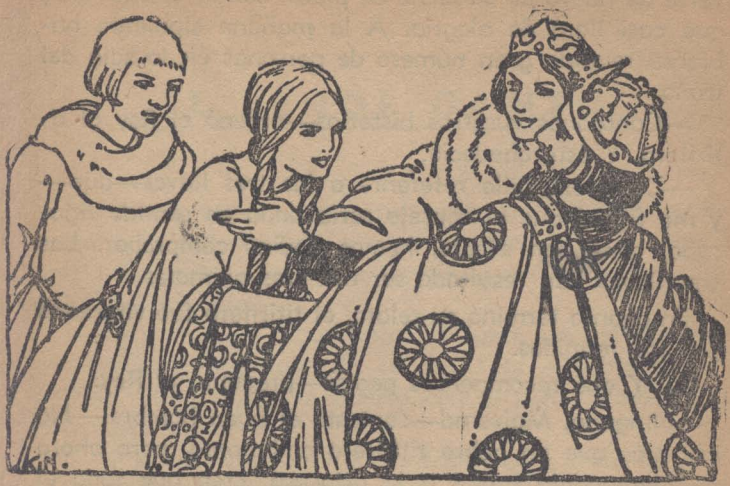
—¡Ahí está el palacio! Pero, ¡oh, Dios mío! Las puertas están cerradas y la bruja nos va a alcanzar. ¿No podría el asno saltar la cerca del palacio? Mirad, ahí la cerca no es muy alta.

El titiritero miró y luego dijo algo al asno jadeante. Éste dió un salto y franqueó con limpieza el muro exterior del palacio. Entonces la princesa dió un grito de alegría.

—¡Qué animal tan inteligente!

—Está acostumbrado a saltar—dijo orgulloso el titiritero.—¡Dios mío, princesa, de buena nos hemos escapado! A punto ha estado la bruja de alcanzarnos.

La princesa miró a su alrededor y pudo ver que la bruja describía círculos en el aire sobre la alta cerca, pero sin atreverse a acercarse más. Les mostró el puño y luego se alejó hacia el Este.



EL REY Y LA REINA BESARON Y ABRAZARON A SU HERMOSA HIJITA

—Es ya muy tarde—observó la princesa.—Supongo que todo el mundo se habrá acostado.

Así era, pero todos abandonaron el lecho al enterarse de lo ocurrido. Y la noticia circuló co nla rapidez del rayo.

—¡La princesa ha vuelto!

El Rey y la Reina besaban y abrazaban a su hermosa hija y el titiritero estaba muy orgulloso, al lado de sus animales.

—Mañana, en el Salón del Trono, nos referiréis lo sucedido—dijo el Rey.—Ahora vamos a acostarnos todos.

Así lo hicieron y la princesa estaba tan satisfecha de

verse de nuevo en su lecho de plata, con la colcha azul, que casi lloró de alegría. A la mañana siguiente habíanse reunido gran número de personas en la sala del trono.

—Contadnos vuestras historias—ordenó el Rey al titiritero. Y éste obedeció.

—Oí el estribillo referente a las tres llaves—dijo—y me figuré que el consejo sería dado en sentido figurado, como, en efecto, hemos podido comprobar. Las tres llaves han resultado ser mis tres animales.

En cuanto terminó su relato, el titiritero fué vitoreado por los reunidos.

—¿Y qué recompensas pedís?—preguntó el Rey.

—Ninguna, Majestad—contestó el buen hombre.—No soy más que un pobre titiritero ambulante, pero ahora que he podido salvar a la princesa, creo que todo el mundo querrá presenciar las habilidades de mis animales y podré ganar dinero.

—Muy bien—contestó el Rey, sonriente.—Pero daréis vuestra primera representación aquí, en palacio, porque estoy seguro de que vuestros animales amaestrados son dignos de este honor.

En efecto, tanto el salvador de la princesa como los animales amaestrados hicieron todo lo posible para entretener al auditorio y fueron muy aplaudidos. Luego, cada uno de los tres animales recibió un saco lleno de monedas de plata y el titiritero otro lleno de monedas de oro.

En adelante, el titiritero no tuvo que quejarse del desvío de la gente, porque por todas partes llovían los espectadores y el dinero en abundancia, de modo que, en breve tiempo, el titiritero se hizo muy rico y pudo volver al lado de su familia.

EL SEÑOR GANSO

Hubo una vez un ganso gris muy grande, que pertenecía a la señora Tula y a su marido. Era un animal muy inteligente, que casi entendía lo que su ama le decía todos los días.

—Mi ganso me sigue como si fuese un perro—aseguraba, muy orgullosa, la señora Tula.—Ahora fíjate, marido. Sabe cerrar la puerta con el pico, como yo lo hago con la mano.

Y así era en efecto. El ganso había visto todos los días a su ama cuando cerraba la puerta y sabía perfectamente cómo debía hacerlo, para meter la falleba en su sitio. Era un ave muy inteligente.

Su amo era pastor y cuidaba del rebaño de ovejas del granjero Gil. El buen hombre no tenía mucho dinero, pero en su huerto cultivaba patatas y coles, gracias a las cuales la señora Tula sabía hacer una sopa excelente.

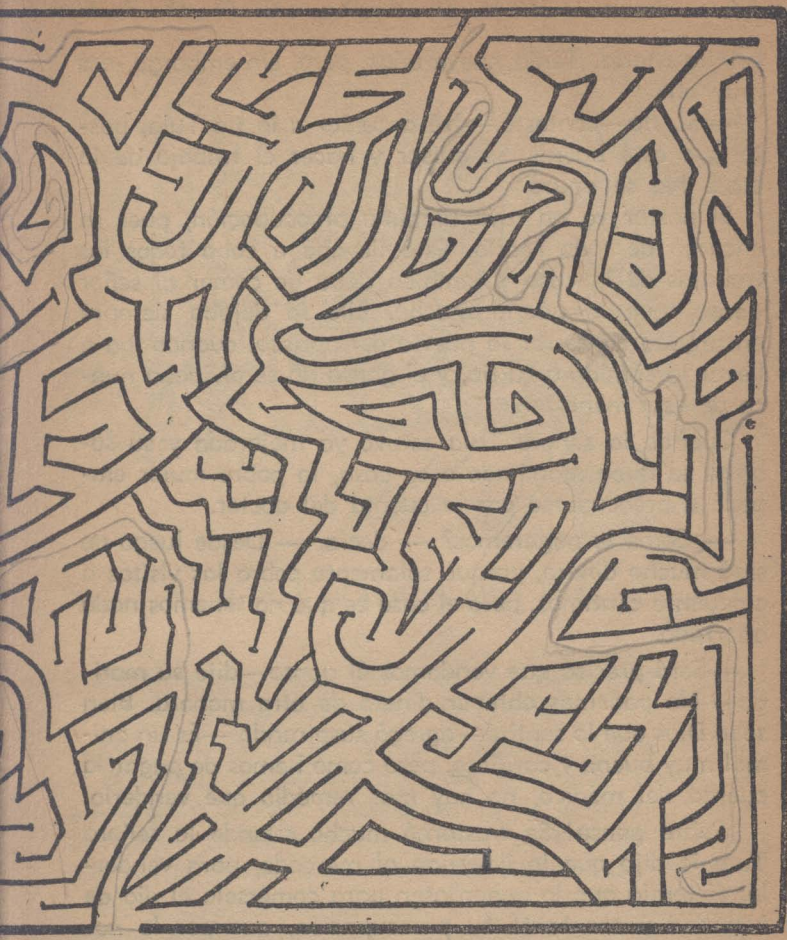
Cierto día la señora Tula resbaló en la cocina y se torció el tobillo. Su marido llamó al doctor y éste meneó la cabeza.

—Es un caso grave, señora Tula—le dijo.—Tendrá usted que guardar cama hasta que mejore su tobillo. Yo vendré a visitarla todos los días.

¡Pobre señora Tula! Tenía mucho que hacer en su casita y nadie podía sustituirla, porque su marido había de salir a cuidar del rebaño. Preguntóse cómo se arreglarían y por último el marido fué en busca de su so-

EL LABERINT

En este laberinto hay oculta una figura. Hay varias entradas al laberinto, pero sólo una de ellas, después de muchos rodeos, nos llevará al punto de partida sin necesidad de cruzar ninguna línea. Las demás entradas son falsas, pues no tienen salida. Tómese un lápiz y empiécese en una de las entradas. Se trata de hallar un camino a



MISTERIOSO

través del laberinto que lleve a la parte superior del mismo, saliendo por la abertura de entrada. Cuando se haya seguido el camino verdadero aparecerá marcada con el lápiz la silueta de una figura.

Llénese dicha silueta con lápiz o tinta y tendréis la figura que está oculta.

brinita María. Tenía nueve años, pero, sin embargo, era muy útil.

—Sí, tío—contestó.—Iré a cuidar a la tía Tula, hasta que esté buena. Sé guisar y hacer el trabajo de la casa. No se apure.

El pastor ya no tuvo ninguna preocupación, pues se encargó de todo María. Ésta llevaba a cabo todos los trabajos de la casa y también daba de comer al señor ganso, que la quería mucho. Ella lo dejaba siempre encargado de cerrar la puerta del aprisco, cuando iba a llevar la comida a su tío, y el ganso no se olvidaba nunca de este menester.

Cuando la señora Tula estuvo ya mejorada y su sobrina se hubo marchado a su casa, la pobre mujer empezó a preocuparse por la cuenta del doctor.

—¿Cómo le pagaremos? — decía. — Desde luego no será mucho dinero, porque solamente cobra las visitas a cincuenta céntimos, pero el caso es que no tenemos nada ahorrado.

—Será preciso que vendamos el ganso—dijo su marido.—No podemos obtener dinero de otra manera. Bien sabe Dios que lo sentiré—agregó suspirando.—Es un animal muy bueno y cariñoso, pero como hemos de pagar la cuenta del médico, no hay más remedio que venderlo.

¡Pobre ganso! Se trastornó mucho cuando la señora Tula le dijo que lo llevarían al mercado, para venderlo. Él temía que lo engordasen para comérselo el día de Navidad y era tanta su preocupación, que por la noche no cerraba los ojos.

En una de ellas, alumbrada por la luna, cuando el ganso estaba en su pequeño cobertizo, muy despierto y triste, oyó un ruido. Se dirigió a la puerta y miró al exterior. La luna brillaba intensamente en el cielo y

MARÍA SE HACÍA MUY ÚTIL

entonces el ganso miró hacia la falda de la colina, para ver si las ovejas tenían alguna novedad.

Pudo ver una figura de color obscuro, que se dirigía a la puerta del aprisco. No era el pastor, porque el ganso pudo oír que roncaba dentro de la casa. Y tampoco podía ser el señor Gil, porque éste era hombre muy gordo y el desconocido tenía una figura muy delgada.

Era el cazador furtivo Juan. El granjero lo había despedido la semana anterior, diciéndole que si se atrevía a matar más liebres en sus tierras, lo haría meter en la cárcel, y Jaime juró vengarse. Y en aquel momento se disponía a abrir la puerta del aprisco, para diseminar a las ovejas y los cabritos, a fin de que se perdieran.

El ganso dió un silbido de rabia. Quería mucho a su

amo y pensó en lo enojado que se pondría el señor Gil en cuanto viera su rebaño disperso. Quizá se figuraría que el pastor no se había acordado de cerrar la puerta.

Salió de su cobertizo y buscó al cazador furtivo. Vió que empujaba a las ovejas y los corderillos hacia la puerta abierta. El señor Ganso, entonces, se ocultó en el seto y cuando vió que llegaban las ovejas y los corderitos, surgió ante ellos, agitando las alas y graznando con fuerza.

Las ovejas se detuvieron asustadas y, de nuevo, se dirigieron hacia el interior del cercado. También se asustó el intruso y el ganso se aproximó a él agitando las alas.

Figuróse, tal vez, que el animal era alguna bruja, y echó a correr como alma que lleva el diablo.

El señor Ganso quedó muy satisfecho y después de cerrar la puerta con el mayor cuidado, volvió a su propio cobertizo.

Al llegar encontró al granjero Gil.

—He visto lo que acabas de hacer—le dijo.—Eres el ganso más listo que he conocido. Me has evitado un perjuicio muy grande y mañana por la mañana explicaré a tu amo lo que has hecho.

El ganso quedó muy complacido y, a la mañana siguiente, como solía, fué a llamar a su amo. Después del almuerzo, el granjero Gil fué a ver al pastor y llegó a tiempo de ver que la señora Tula emprendía el camino al mercado para vender el ganso.

—¿Adónde lleva el ganso?—preguntó el granjero.

—A venderlo al mercado, para pagar la cuenta del doctor—contestó la buena mujer.—Queremos mucho a este animal, pero no podemos obtener dinero de otra parte.

LAS OVEJAS RETROCEDIERON

—NO QUIERO QUE VENDÁIS ESTE GANSO—DIJO EL GRANJERO

Entonces el granjero les refirió lo que el ganso había hecho, la noche anterior, y terminó diciendo que no vendiese al pobre animal y que él pagaría la cuenta del doctor.

No hay que decir cuál fué la alegría del ganso al oír aquellas palabras. Aun vive con sus amos y es muy feliz. Y cada Navidad el granjero Gil le manda un regalo. ¿No adiviná is cuál? Pues una gran lata de sardinas, que él se come con gran satisfacción.

EL HADA Y EL POLICÍA

Cierta noche entró una hada en el cuarto de los juguetes, donde éstos charlaban y jugaban. Alegráronse mucho de verla y le rogaron que les refiriese algo acerca de ella.

—Vivo al pie de la mata de lilas del jardín—dijo.—Pero temo que en breve habré de trasladarme.

—¿Por qué?—preguntaron los juguetes, sorprendidos.

—Pues porque una gran rana—replicó el hada estremeciéndose—ha ido a vivir allá. Nunca me han preocupado gran cosa las ranas, pero ésta tiene la manía de acurrucarse a mi lado y está muy fría y tiene la piel viscosa. Cuando yo me separo de ella se enoja y temo que traerá a sus hermanos y si todos me rodean para calentarse, estoy segura de que moriré.

—¡Dios mío!—exclamó escandalizado el policía de juguete.—Sepa usted, mi querida hada, que las ranas no tienen ningún derecho a invadir su vivienda. Esa es una intrusión prohibida.

—¿Y cómo podré impedirla?—preguntó la hada.—Las ranas son mucho más vigorosas que yo.

—Mire — contestó el policía de juguete, sacando un pito.—Este es un pito de policía. Lléveselo a su vivienda y si las ranas se presentan, dé usted un fuerte silbido y yo iré a ayudarla.

—¡Oh, muchísimas gracias!—dijo la hada, guardándose el pito en el bolsillo.

Y salió, después de dirigir una seña de despedida a todos los juguetes.

A la noche siguiente, cuando los juguetes estaban di-

virtiéndose, oyeron un fuerte silbido y el policía exclamó:

—El hada pide auxilio:

En el acto saltó por la ventana, corrió a la mata de lilas y al pie de ellas vió un espectáculo muy raro.

Había allí siete ranas verdes y amarillas, en torno de la pobre hada, que estaba asustadísima. El policía sacó la porra y empezó a golpear a las ranas. Éstas, croando, se alejaron, dando saltos.

El hada echó los brazos al cuello del valeroso policía y le dió un abrazo.

—Ahora acompáñeme usted al cuarto de los juguetes —le dijo el policía.—Tal vez las ranas vuelvan durante su sueño.

El hada obedeció y todos los juguetes le dieron la bienvenida. Jugó con ellos y pasó un rato agradabilísimo. Y en cuanto sintieron apetito, se encaminaron a la pequeña dulcería de juguete, para comprar pasteles y caramelos.

Se divirtieron en grande.

—Me gustaría mucho vivir con vosotros—dijo la hada. —Es muy divertido.

—No hay inconveniente, ni falta de sitio en el armario—contestó el policía.

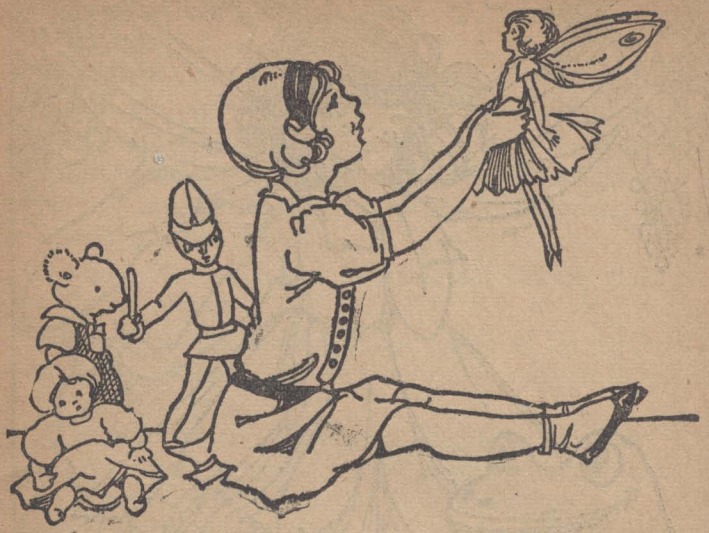
Aquella noche el hada durmió en el armario, con los demás juguetes, y a la mañana siguiente, Eva, la niña dueña de todos aquellos juguetes, fué al armario y empezó a sacarlos, cosa que dió un gran susto al hada.

—No se mueva usted y finja ser una muñeca — le aconsejó el policía.

—¡Oh, aquí hay una lindísima muñeca! — exclamó Eva al ver al hada.—¿Cómo habrá venido a parar aquí? ¡Mira, mamá!

Sacó la muñeca y la mostró a su madre.

UNA RANA ENORME FUÉ A VIVIR EN LA MORADA DEL HADA



—¡QUÉ HERMOSA ES!—EXCLAMÓ LA NIÑA

El hada permanecía tan tiesa que, en efecto, parecía una muñeca.

—Es muy bonita. ¿De dónde habrá salido, mamá?

—Lo ignoro—contestó su madre.—Pero, sin duda, es la muñeca más linda de cuantas has tenido, Eva.

La niña jugó todo el día con su nueva muñeca. Y ésta, a su vez, estaba encantada, de modo que al llegar la noche, dijo a los demás juguetes:

—En adelante seré una muñeca. Viviré con vosotros y gozaré de paz y tranquilidad.

En efecto, así lo hizo y la muñeca aun sigue allí. ¡Qué sorprendida se quedaría Eva, si supiese que es un hada!

EL MUÑECO ATREVIDO

Hubo una vez un muñeco muy atrevido y presuntuoso, que tenía un alto concepto de sí mismo. Los demás juguetes estaban hartos de él y una noche le dijeron que se alegraban mucho de que entre los juguetes no hubiese más que un muñeco, porque en caso de que existieran dos, no sabían qué sería de ellos.

—¿Eso pensáis?—exclamó el muñeco.—Pues ahora voy a deciros una cosa. Estoy harto de vosotros. Nunca he conocido a nadie tan idiota como el oso de trapo. Y en cuanto a las tres muñecas, antes preferiría hablar con una cucaracha que con ellas.

—¡Eres un grosero mal educado!—exclamaron las tres muñecas casi llorando.—Vete a hablar con las cucarachas. Esa es la compañía que mereces.

—No haré nada de eso—contestó él.—Pero esta misma noche saldré en busca de otro muñeco como yo. Luego lo traeré aquí, seremos muy amigos y no volveremos a haceros caso a vosotros, soldados de madera, animales de trapo y muñecas charlatanas. ¿Qué os parece?

—¿Y saldrás por la noche?—exclamó el oso, alarmado.—¡Estás loco! Nunca se ha visto que un juguete salga por la noche y solo.

—Yo no tengo ningún miedo—contestó el muñeco.—He dicho que esta noche salgo y ya lo veréis.

En efecto, a las once, cuando ya en la casa se había retirado todo el mundo, el muñeco salió sin despedirse

de los juguetes. Se encaramó por la ventana y luego se dejó caer al jardín. Estaba lleno de valor y seguro de que podría encontrar a otro muñeco para que le acompañase en el cuarto de los juguetes.

Echó a andar por el sendero del jardín, mas apenas había dado unos pasos, cuando tropezó con algo de muchos pinchos.

—¡Oh!—exclamó alarmado.—¿Qué es esto?

—Soy Púas, el erizo—contestó una voz enojada.—¿Por qué no miras donde pisas?

—¿Y tú?—preguntó el muñeco.

—Porque no lo necesito. Si tropiezo con alguien, no me hago ningún daño. Son los demás quienes se pinchan si me encuentran. Y ahora verás.

Con gran susto del muñeco, el erizo se arrojó contra él y le dió unos buenos pinchazos en la pierna, que le obligaron a gritar. Luego el erizo se alejó muy satisfecho de sí mismo.

—¡Imbécil!—gritó el muñeco. Luego se volvió para continuar su camino, pero, de pronto, pisó un gusano, resbaló y se cayó de cara. Se levantó inmediatamente y empezó a frotarse la nariz, llena de barro.

—¿Cómo te has atrevido a pisarme, torpe?—preguntó el gusano.—Déjame pasar.

El muñeco dió un paso atrás y pisó a otro gusano. Pero cuando, sentado en el suelo, trataba de recobrar la tranquilidad, los dos gusanos habían desaparecido ya.

De pronto resonó un ruido extraño sobre su cabeza y alguien lo agarró con fuertes uñas. El muñeco chilló de miedo.

Era un buho que, al ver como se movía el muñeco, lo confundió con un ratón. Por esto se arrojó sobre él y lo cogió con sus fuertes garras.

—¡OH!—EXCLAMÓ ALARMADO.—¿QUÉ ES ESTO?

—¿Quién eres?—preguntó el buho, enojado, al darse cuenta de su error.

—Soy un muñeco—contestó el juguete.—¡Suéltame!

—¿Eres bueno para comer?—preguntó el buho.

—No—se apresuró a contestar el muñeco.—Si alguien me comiese, tendría un dolor de tripas horrible.

El buho lo soltó.

—¿Y para qué demonio has salido de noche? ¿Ignoras acaso que los buenos juguetes y los niños han de estar en la cama y dormidos?

—Iba en busca de otro muñeco,—contestó.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!—exclamó el buho riéndose.—Puedes tener la certeza de que no encontrarás a ninguno tan feo como tú. Nunca he visto a nadie tan horrible, ¿por qué no te lavas la cara, hombre? No duele.

El muñeco se ofendió tanto al oír estas palabras, que se alejó sin replicar. Le escocía mucho que el buho se hubiese burlado de él.

Pisó algo blando que, en el acto, dió un salto y obligó al muñeco a gritar de miedo. Era una rana.

—¡Imbécil! ¡idiota!—exclamó la rana enojadísima.—Me has pisado una pata. Ten cuidado, porque, de lo contrario, iré a decir al pato que te coma. Más valdría que te lavases esa cara tan sucia.

El muñeco volvió a ofenderse. Le molestaba mucho que le recomendasen mayor limpieza, porque sabía que no llevaba la cara sucia, aunque fuese negra.

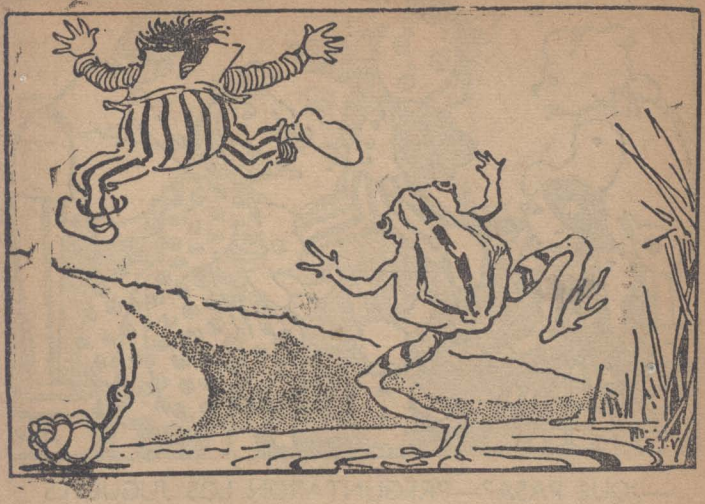
Siguió andando y preguntándose qué más le ocurriría. Deseaba, con toda su alma, encontrar otro muñeco que quisiera acompañarle, porque, en realidad, tenía mucho miedo.

También tenía mucho frío, porque la noche no era muy buena. Nuevamente volvió a pisar algo suave y caliente. Aquel ser era muy grande, pero el muñeco ignoraba su naturaleza. Se sentó a su lado para gozar del calor que desprendía, pero, de pronto, una boca enorme se acercó a él y lo tomó entre sus dientes.

Era una cabra, que estaba medio dormida. Como ya es sabido, las cabras son capaces de comerse cualquier cosa, tanto si se trata de un pedazo de papel, como de un fragmento de madera.

—¡Oh, suéltame!—exclamó el muñeco luchando cuanto podía. La cabra lo mordía con sus dientes y con tanta fuerza, que el pobre juguete cesó de luchar.

—No soy más que un muñeco. Un pobre muñeco extraviado y asustado—exclamó. — ¡Oh, cómo quisiera verme ahora en el cuarto de los juguetes! Suéltame, bondadoso animal, quienquiera que seas.



—¡IMBÉCIL! ¡IDIOTA!—GRITÓ LA RANA

La cabra lo soltó. Aquella tarde había comido muy bien, de modo que, en realidad, no tenía hambre. Sin embargo, no pensaba permitir que el muñeco se alejase, pues quizá fuese un buen desayuno en cuanto amaneciera. Por esta razón apoyó su peluda barba en el asustado juguete, y luego se durmió de nuevo.

Cuando el muñeco observó que la cabra estaba dormida, se deslizó suavemente y pudo alejarse.

Lo hizo como si le persiguiese una legión de demonios. Por fin llegó al pie de la ventana, se encaramó por la pared y, jadeando y aun asustado, se dejó caer al otro lado.

—¿Qué pasa?—preguntaron los demás juguetes, rodeándolo.

El monigote recobró poco a poco el aliento y se sentó.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

—¿QUÉ PASA?—PREGUNTARON LOS JUGUETES RODEÁNDOLO

Se sonrojó todo lo que le consintió su negra cara y luego habló en voz baja y humilde.

—Me han dado una lección muy severa. He aprendido que no soy tan importante ni extraordinario como me figuraba. No he podido encontrar a otro monigote... y, en cambio, todos los seres con quienes he tropezado esta noche no eran ni la décima parte tan bondadosos como vosotros, compañeros míos. Por eso he vuelto para pediros perdón y rogaros que seáis mis amigos.

Los juguetes se alegraron mucho de verle de regreso, porque, en realidad, eran muy buenos. Lo perdonaron y ya el monigote no ha vuelto a fanfarronear. Pero los demás no pueden evitar una sonrisa cuando piensan en sus aventuras y especialmente en su encuentro con los resbaladizos gusanos.

del ESTUDIANTE ARGENTINO

COLECCION MARUJITA

también se presenta en

Edicción Encuadernada

para los niños que deseen conservar en sus bibliotecas los tomitos que la componen.

Son hermosos volúmenes encuadernados en cartoné, con una hermosa portada en colores, y conteniendo cada uno cinco números correlativos de **Colección Marujita,** con unos **veinte** cuentos en total y 160 páginas de lectura.

PRECIO DE CADA TOMO: $ 1.—

EDITORIAL MOLINO ARGENTINA

MIGUELETES 1023 BUENOS AIRES